

MIRET MAGDALENA

GUARDINI, PENSADOR ORIGINAL

Soy poco partidario de las clasificaciones, de ese encasillar a los hombres como si fuesen mariposas cogidas con alfileres. Porque ocurre con los humanos lo que con estos insectos: al querer ponerlos en su sitio y fijarlos en él, pierden la vida.

Pero si hay una persona inclasificable ha sido el teólogo y pensador católico Guardini, que acaba de fallecer a los ochenta y tres años de edad, todavía en plena forma intelectual.

¿Era progresivo o era conservador? ¿Era retrógrado o precursor de los actuales avances católicos?

Sinceramente, no sé contestar. Me pasa como con otros dos personajes católicos, completamente distintos de él: el inglés Chesterton y el francés Péguy. Inclasificables ideológicamente.

Quizá, a unos y a otros, les unía una sola cosa, dentro de muy diversos temperamentos y orientaciones: la pasión de la realidad, el realismo. No eran, como han sido muchos católicos: los escolares académicos del realismo superficial. Intentaban —y lo consiguieron— calar en la realidad.

Uno, Péguy, buscando anhelosamente el espíritu en la materia, la calidad en la cantidad. Otro, Chesterton, analizando la paradoja de la vida —su dialéctica profunda— sin desmayo. Y Guardini, mezclando siempre el más delicado pensamiento a la acción más entregada y comprometida, de tal modo que nunca sabíamos cuándo era más activo, si pensando o actuando; ni más reflexivo, si realizando cosas o ejercitando su propia razón.

Italiano, viviendo desde niño en Alemania supo asimilar —como dice su discípulo español López Quintás— «el mundo intelectual alemán, atormentado y dramático, sin perder la compostura y el sentido latino de la forma».

¿Era un profesor o un apóstol?

Tampoco es fácil decirlo, porque lo mismo enseñaba en la Universidad de Bonn, Berlín, Tubinga o Munich, que predicaba la homilía dominical en la iglesia universitaria de S. Luis en esta última ciudad, o se dedicaba a organizar y dirigir un amplio movimiento de juventud en el castillo de Rothenfels.

Supo crear —en sus clases— un nuevo estilo oratorio, consiguiendo que sus alumnos, tras una hora de densa lección, le concedieran, con una clamorosa ovación, una prórroga de media hora, cosa inaudita en los rigurosos claustros de la Universidad alemana.

Los franceses, cuando escribió su libro «Pascal o el drama de la conciencia cristiana», le echaron en cara —ante la osadía de manipular una figura propiedad de Francia— varios errores de detalle. Y, sin embargo, Guardini era un hombre tan serio intelectualmente que pudo decir con toda razón una vez a sus alumnos: «Esto que acabo de decir, lo llevo pensando desde hace cuarenta años».

Sus figuras clave fueron: Sócrates, Pascal, Kierkegaard y Dostoyewski. Sócrates, el santo pagano, según Erasmo de Rotterdam. Pascal, «el más grande de los cristianos», según Nietzsche. Kierkegaard, el protestante inconformista que estuvo —aunque parezca mentira— muy cerca de hacerse católico. Y Dostoyewski, el genial escritor de todas las profundidades humanas, desde las más complejas reacciones de *Crimen y castigo*, pasando por las duras críticas religiosas de *Los hermanos Karamazoff*, hasta llegar a las sublimes y delicadas honduras de *El idiota*.

Vivió —como subraya Guitton, el agudo católico— la unión misteriosa de lo interior y lo exterior con una perspectiva infinita, junto con la tentación de lo abismal, de lo oscuramente demoníaco. Por eso «entre los modernos, era el más penetrante».

Fue consciente del valor de la razón; pero no era un adorador suyo. Pensaba que había que superar el Racionalismo, no despreciándolo —como hacen los superficiales—, sino dando un paso más allá, valorando plenamente la capacidad del intelecto.

Era partidario, no del romanticismo despreciador de la razón, sino de una meta-racionalismo, conseguido a través del más delicado ejercicio de la razón humana, comprometida en el mundo real.

Su método de pensamiento es también inclasificable; pero desde luego coincide —en sus líneas básicas— con el pensar actual, que supera las ingenuas categorías que usaban muchos escolásticos, y se enlaza con los esquemas usuales hoy que son más dialécticos.

Afirmaba que la dualidad *objeto-sujeto*, es confusa e insatisfactoria: que es una dicotomía, porque efectúa una separación irreal. Creía que el todo se consigue *dialécticamente*, uniendo las cosas que son aparentemente contrarias, en un deshilarar el incongruente ovillo de la realidad, y sólo, al final, podía verse la perspectiva total, la única real. Las *distinciones* eran en su concepto puramente abstractas, y opinaba que todo pensamiento quedaba cojo si al terminar no se unían entre sí sus elementos dispersos. Por eso sus libros, claros y meridianos en el conjunto, parecen difíciles y confusos en el detalle.

Sus mejores trabajos son: *Mundo y Persona*, donde resume su pensamiento filosófico personalista, de total actualidad, adelantándose a su tiempo en forma profética. Para él la persona es la medida del mundo, y no al revés, como el despiadado objetivismo escolástico nos enseñó en la teoría y en la práctica, y —a veces— sigue todavía enseñándonos. *Libertad, Gracia y Destino*, libro dirigido a un auditorio compuesto por igual de creyentes y no creyentes; pero sin olvidar en él jamás su personal perspectiva decididamente católica, que nunca ocultaba ni disimulaba.

O el profundo trabajo sobre *El Poder* —uno de los que más me atraen—, o su discutido *El Ocaso de la Edad Moderna*, o su conocida vida de Jesús, *El Señor*.

Pero yo —a quien quisiera conocer lo mejor de Guardini, sin apenas esfuerzo— recomendaría la lectura de dos libritos y dos folletos. Los primeros son: *Cartas del lago Como* (editado en nuestro país por Dinor), donde resume agradablemente y con sencillez apacible su pensar más profundo sobre la crisis de la cultura del hombre actual, y *La Madre del Señor*, el más racionalmente religioso de todos sus libros. Y los dos folletos que se llaman: *El Santo en nuestro mundo*, una breve panorámica de la religiosidad católica aplicada a la vida actual en el mundo, y *El servicio al prójimo en peligro*, una descripción de lo esencial del cristianismo, totalmente al día (editados en España por Guadarrama).

Habrà quien prefiera su *Espíritu de la liturgia*, que fue nuestro engañoso catecismo renovador de los católicos españoles en tiempo de la República, o cualquiera otro de los que he citado antes. Pero yo expongo a mis lectores la opción hecha por mí, tras haber sido partidario —en otros tiempos— de diversas obras suyas.

Pero me quedaría cojo si no expresara, al final de estas líneas, su diagnóstico del ateísmo contemporáneo: que no es para él —como algunos católicos han opinado— una rebelión satánica contra Dios, al modo de la caída del ángel en el Paraíso, sino el resultado sobre todo de un error fundamental, al que hemos dado pábulo los creyentes con nuestras ideas y actitudes. «Dios —como dice él— no es otro sujeto situado en el mismo plano que el hombre». Dios no es el «tapa-agujeros» de nuestros entuertos, como critica Schillebeeckx. Dios no es una terrible figura justiciera, «el otro» que reparte premios y castigos entre las débiles hormigas humanas, que somos los mortales; porque contra esta «máscara» se ha levantado en el mundo actual una reacción explicable de «legítima defensa», que es la causa profunda del ateísmo actual, según Guardini.